

## A LA MEMORIA DE JORGE

Debo advertir a todo aquél que tenga la intención de seguir leyendo lo que aquí va a quedar escrito que más bien son pocos los datos fehacientes que yo conozco acerca de la vida y milagros de nuestro personaje. Pero, al mismo tiempo, debo confesar que es mucha la atracción y simpatía que he sentido, e incluso sigo sintiendo a pesar de los años transcurridos, por el señor Jorge.

Por cierto, si él pudiera leerme y comprobara que a su nombre de pila le añado la palabra *señor*, estoy seguro de que se sentiría halagado pero, en el fondo, extrañado, preguntándose la razón de tal título ya que nunca antes había escuchado esas dos palabras juntas y siempre se había sentido bien tratado y satisfecho con que sus vecinos le llamaran simplemente Jorge.

Según el recuerdo, algo borroso, que de él guardo en mi memoria era un hombre de estatura más bien baja y enjuto de carnes. Se dice que la cara es el espejo del alma, por eso me duele más no poder recordar su rostro, aunque doy por seguro que no sería el suyo muy distinto del de sus convecinos. Lo que sí le distinguía de todos los demás y le hacía único era su cojera. Recuerdo que los niños, en nuestra inocencia, repetíamos sin malicia lo que, sin duda, habíamos escuchado de alguno de nuestros mayores: “La pierna de Jorge ni se estira ni se encoge”. ¡Claro! La tenía rígida, aunque ignoro la causa de esta disfunción porque nunca oí hablar de ello. Sin embargo, y aunque pueda parecer una contradicción, tengo la impresión de que, afortunadamente, esta singularidad no sólo no fue motivo de irónicos comentarios sino que contribuyó a hacer de Jorge una persona más popular y campechana. Con buen sentido común los vecinos comprendieron que una minusvalidez no merma ni la dignidad ni la capacidad de las personas.

El Almirante español Blas de Lezo infligió una terrible derrota a la poderosa Armada Inglesa y ello a pesar de que le faltaba una pierna, razón por la que le apodaban *pata de palo*. Ni su cojera fue impedimento para que Isabel de Borbón llegara a ser Reina de España. La misma a la que Quevedo le dirigió estos conocidos versos: “Entre el clavel y la rosa, Su Majestad es-coja”. Por cierto, no debió de ser desconocida esta anécdota a los vecinos ya que recuerdo haberla escuchado cuando yo era todavía un niño. Reconozco que nuestro Jorge no llegó a Almirante, pero ello no fue a causa de su cojera sino porque no parece que en Laperdiguera haya existido jamás una tradición marinera. De hecho, que se sepa, nunca a ningún niño de nuestro pueblo se le ocurrió pedir un barco a los Reyes Magos.

Pero abandonemos por el momento la imaginación y volvamos a la realidad de la vida. Jorge no fue almirante pero sí ganó honradamente las constantes batallas que le imponía la necesidad de supervivencia de sí mismo y de su familia. Estaba casado con Pascuala, mujer pequeña en estatura pero grande en vitalidad, tanta que le hacía ir corriendo a todas partes sin que nada importara la mayor o menor urgencia del quehacer al que se dirigía. Tuvieron dos hijos: Desiderio y una chica de la que, lo siento, no recuerdo su nombre. A todos llegó el

sustento que el Pregonero ganaba honradamente con su trabajo. Sí, Jorge fue Alguacil lo que le granjeó el título de empleado del Ayuntamiento. Por obligación de su oficio recorría el pueblo y en cada esquina de entre dos calles, y tras avisar al vecindario mediante el sonar de su trompeta, con voz clara y potente repetía la misma introducción una y otra vez: “De orden del Sr. Alcalde se hace saber...” advertencia conminatoria ésta a la que seguidamente añadía el objeto del pregón.

Sus idas y venidas eran frecuentes ya que siempre había alguna razón por la que convenía avisar a los vecinos de ciertas novedades que a todos interesaba conocer, ni faltaban vendedores y trajinantes que solicitaban la colaboración de Jorge para anunciar al vecindario la llegada al pueblo de algún tendero que ofrecía su mercancía o de algún peliculero que invitaba a la proyección de alguna película y quería anunciar el lugar y la hora de la sesión...

Tal vez porque el oficio de alguacil también conllevaba otras obligaciones o quizá por ser empleado del Ayuntamiento el hecho es que Jorge tenía que atender otras necesidades comunes y entre ellas se contaba la de cuidar el reloj de la torre. Ello comportaba acceder al mismo cada cierto tiempo a fin de darle suficiente cuerda para su correcto funcionamiento. Así que ya no le quedaba otra opción que subir un buen número de escalones, hazaña que dada su cojera no lograría culminar sin antes poner en ello no poco esfuerzo. Pero el trabajo no había terminado una vez alcanzado el último peldaño sino que entonces, mediante una manivela, tenía que subir dos muy pesadas piedras que pendían de una gruesa sirga y servían de contrapeso, que era el que daba vida al reloj para que pudiera seguir anunciando las horas y marcando la vida de los vecinos.

La torre mide 24 metros, lo que supone que tendrá al menos unos 80 escalones. Seguro que Jorge los tenía muy bien contados pues una parte importante de su vida la pasó subiendo y bajando esa escalera de caracol a la que le obligaba la necesidad de acceder al reloj o a las campanas. Porque Jorge también era campanero. Él se encargaba de anunciar al pueblo la triste noticia del fallecimiento de alguno de los vecinos y de acompañar con el lamento de las campanas su traslado a la iglesia para celebrar el funeral y posteriormente, mientras se daba tierra al cuerpo del difunto, un repique especial ayudaba a sosegar el llanto de familiares y amigos. Tengo entendido, no sé si estoy en lo cierto, que Jorge realizaba un toque distinto para cada uno de estos momentos por lo que cualquier persona ausente podía conocer y seguir los actos que se estaban realizando incluso desde la distancia.

Pero su jornada laboral más emblemática era la noche de difuntos (1-2 de noviembre) ya que desde que anochece hasta el amanecer y cada una hora repicaba las campanas anunciando a los vecinos la llegada del día de los difuntos. Me atrevo a imaginar que Jorge pasaba la noche al pie de las campanas pues no entiendo que una vez realizado un toque tuviera tiempo suficiente para volver a su casa y estar de nuevo al pie de las campanas para el toque de la siguiente hora. Sólo le acompañaban el frío, la oscuridad de la noche y alguna lánguida luz que alguien se había encargado de poner al pie de la tumba de sus antepasados.

Mucho sacrificio, está claro, pero quiero suponer que todos los vecinos del pueblo que antes que él se fueron, ya que en su momento no lo pudieron hacer, al verlo junto a ellos le habrán agradecido que en su día les hubiese acompañado con el doblar de las campanas durante su tránsito de éste al otro mundo. Y Pascualeta (que así la llamaban los vecinos) junto

a su marido, orgullosa de él y mirándole a los ojos les habrá dicho a todos ellos: Es que Jorge tocando las campanas era un consumado artista...

12 de febrero de 2014.